

## LAS RELACIONES LITERARIAS ENTRE ITALIA Y ESPAÑA EN EL RENACIMIENTO \*

### I.

En el mundo cultural europeo-occidental de la Edad Media el centro estaba representado por Francia, ya sea como creadora, ya como mediadora entre los demás grandes pueblos del occidente. Esta hegemonía de Francia entró en crisis durante la guerra de los Cien Años, que desvió de ella corrientes de tráfico y curiosidades humanas. El regreso del papa a Roma facilitó a su vez la difusión de la nueva cultura literaria italiana, representada por Dante, Petrarca y Boccaccio. Y la primera zona de Europa en la que tuvo lugar esta difusión fue la Península Ibérica, en donde fue favorecida por las circunstancias políticas. En efecto, desde la época de las Vísperas Sicilianas, Italia tenía relaciones con el reino de Aragón. Las relaciones entre las literaturas vulgares de Toscana y de Cataluña, sin embargo, empezaron a estrecharse sólo a finales del siglo xiv. Con Castilla existía un continuo tráfico por parte de Génova, a través del puerto de Sevilla, ya en el siglo xiv; dicho tráfico fue también un medio de relaciones culturales entre Italia y España; pero éstas se intensificaron sobre todo a partir de 1412, cuando, con el *Compromiso de Caspe*, Aragón tuvo una dinastía castellana, que no olvidó nunca sus orígenes y actuó por tanto de mediadora entre Italia y el Estado más importante de la Península Ibérica. Tal vez no se haya observado lo suficiente, por parte de los historiadores literarios que se han limitado a una perspectiva puramente nacional,

---

\* Conferencia leída por el autor el 14 de septiembre de 1961, en la Biblioteca Nacional de Bogotá.

que Iñigo López de Mendoza, el futuro Marqués de Santillana, el mayor representante del italianismo literario en la literatura castellana del siglo xv, había seguido en su adolescencia a la corte de Fernando de Antequera, cuando éste se dirigió al reino de Aragón para tomar la corona. De ahí viene el filón principal del italianismo del Marqués, el cual, en el orden político, se contó entre las filas del partido hostil a don Alvaro de Luna, es decir del partido de los Infantes de Aragón, cuyo jefe natural era Alfonso el Magnánimo, una de las figuras centrales del primer Renacimiento italiano.

Tradicionalmente, la historiografía italiana considera a Alfonso V un príncipe italianizado: una excepción entre los príncipes españoles, por su amor por la cultura. El mismo Benedetto Croce acepta como buena esta interpretación, que deriva de las lisonjas cortesanas de los humanistas italianos<sup>1</sup>. Pero a este propósito podemos hacer observaciones que revelan hasta qué punto era unilateral la perspectiva humanista, según la cual, los no italianos debían considerarse "bárbaros": una perspectiva que influyó decisivamente en la tajante periodización y contraposición entre Edad Media y Renacimiento y en la idea de que el Renacimiento era obra casi imprevista y exclusiva de los italianos de finales del *Trecento* y del *Quattrocento*.

Dicha perspectiva puede satisfacer el amor propio de los italianos; pero no corresponde a la realidad de los hechos. Indudablemente, los italianos estuvieron a la cabeza de la civilización europea, de Petrarca en adelante; pero las premisas del Renacimiento existían en todo el mundo europeo, y especialmente, aparte de Italia, en Francia, en Flandes, en el valle del Rin. La reacción nacionalista de los historiadores del Norte de Europa quiso invertir más tarde la perspectiva, afirmando que los caracteres del Renacimiento se encuentran en la Europa del Norte bastantes siglos antes del florecimiento del Renacimiento italiano. Es fácil responder que aquel renacimiento no tiene los mismos caracteres del italiano; pero,

---

<sup>1</sup> Cf. *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1941, pág. 35.

prescindiendo de la intención nacionalista, no cabe ya duda de que entre Edad Media y Renacimiento no existe aquella contraposición que pretendía el esquema de los humanistas italianos, aceptado por el clasicismo europeo <sup>2</sup>. El Renacimiento italiano hace madurar y revive originalmente lo que latía ya en el Medio Evo, italiano y no italiano, en forma, si se quiere, menos consciente y precisa.

Pues bien : desde este punto de vista, la contribución de España, que había sido importantísima en la época de los traductores de Toledo y de Alfonso X, es modesta en los siglos xiv y xv; y, sin embargo, también en el español Alfonso el Magnánimo tenemos una prueba de cómo el Renacimiento era con frecuencia una puesta al día de actitudes anteriores. Es sabido que Alfonso favoreció en su corte la historiografía humanista. Quien no conozca lo suficiente la tradición castellana puede pensar que este carácter suyo es de origen italiano; pero quien la conozca sabe que el culto a la historiografía era una tradición característica y profunda de las cortes ibéricas. En el proemio, hasta hace pocos años inédito, antepuesto por Pero López de Ayala a su traducción de las *Décadas* de Tito Livio, el historiador español (que ciertamente poco habría tenido que aprender en sabiduría y agudeza de los humanistas, a pesar de su escaso conocimiento de la lengua latina), al mismo tiempo que confiesa que su traducción deriva de una precedente francesa, hace el elogio del poder educativo de las historias; afirma que el Rey le ha encargado que traduzca a Tito Livio para que dicha traducción sirviese para educar a los jóvenes caballeros, y concluye : "Plégavos, muy exçelente príncipe que este libro sea leydo delante de la vuestra Real Majestat porque lo oygan los vuestros caualleros" <sup>3</sup>. La vieja tradición de la crónica regia se veía de este modo enriquecida con la traducción de un historiador antiguo, y esto sucedía a través de un intermediario francés. Si tenemos pre-

<sup>2</sup> Cf. F. CHABOD, *Gli studi di storia del Rinascimento*, en *Cinquant'anni di vita intellettuale italiana*, vol. I, Napoli, 1950.

<sup>3</sup> Cf. mi volumen *La vida política del Canciller Ayala*, Milán, 1955, pág. 172.

sente que ese prólogo fue escrito en los años en que nacía Alfonso el Magnánimo, podremos decir que aquí tenemos la prueba de que el culto de éste por la historiografía, aunque influido (por ejemplo, en cuanto se refiere al particular prestigio que para él tenía el latín) por los humanistas italianos tenía raíces muy profundas en la tradición castellana y en las relaciones de ésta con la cultura francesa.

Por otra parte, Alfonso el Magnánimo no fue de ningún modo una excepción, en su amor por la cultura, entre los príncipes españoles contemporáneos suyos o sus inmediatos predecesores. Tanto sus predecesores en el trono aragonés, Juan I y Martín el Humano, como su primo y rival, Juan II de Castilla, fueron amantes de la cultura y no fueron, además, los primeros monarcas en los que es posible reconocer este amor por las letras. Vemos, pues, que el esquema humanista es injustificado y se explica en buena parte con el desprecio por el que no sabía latín; desprecio que representa la anticipación de aquella infatuación ciceroniana que será objeto de la sátira de Erasmo en el siglo XVI y que inspirará, por ejemplo, la actitud de suficiencia de los latinistas de la corte milanesa de Ludovico il Moro en relación con Leonardo de Vinci, "omo sanza lettere".

## II.

A la época de Alfonso V sucedió un período de oscurecimiento en las relaciones entre la Península Ibérica e Italia. En el mismo año, 1458, en el que murió el Magnánimo, murió Santillana; en los años sucesivos, que fueron de guerra civil en Castilla, hubo también guerra civil en Aragón. Alfonso había dividido sus dominios, dejando Aragón, con Sicilia y Cerdeña, a su hermano Juan y el reino de Nápoles a su hijo ilegítimo Fernando. Los lazos directos se vieron, de este modo, interrumpidos, y las relaciones culturales, obstaculizadas. Pero, por otra parte, fue en aquellos años cuando se vio el ascenso de los Reyes Católicos, los cuales, al pacificar y unificar a España, y al continuar la política aragonesa en

Italia, favorecieron también la reanudación de los contactos culturales con Italia. Humanistas italianos fueron a enseñar a España, y señores y literatos españoles, viajando por el Mediterráneo y Europa, se detenían particularmente en Italia. La misma política interior de los Reyes Católicos favorecía, sin quererlo, los contactos con Italia. Los hebreos, expulsados, encontraron refugio en ésta y contribuyeron a hacer conocer algunas obras españolas en Italia. Y, en efecto, entre las primerísimas obras literarias españolas conocidas en Italia fueron la *Celestina* y la *Cárcel de amor*, obras de 'conversos' de dudosa ortodoxia. En comparación con el amplio influjo que, desde finales del siglo XIV, habían ejercido Dante, Petrarca y Boccaccio en la Península Ibérica, esta inserción de la literatura española en el ambiente italiano era, sin embargo, bien poca cosa. Los españoles, a través de sus relaciones con la Curia romana — los dos papas Borgia, Calixto III y Alejandro VI, hicieron cardenales a muchos de sus compatriotas — y el emparentamiento de los aragoneses y de los Borgias con las familias reinantes italianas tenía ciertamente una notable interferencia sobre las costumbres italianas; pero culturalmente no sólo los italianos, sino también los mismos españoles, a duras penas podían imaginar la posibilidad de una aportación cultural de España a Italia, maestra de artes y letras en toda Europa. Una excepción podía considerarse la fortuna, que entonces se iniciaba y se extendería bajo el reinado de Carlos V, de los libros de caballería; fortuna que se explica también si pensamos en una cierta pobreza en Italia de la literatura de evasión, no favorecida desde luego por la cultura humanista. Pero se trataba siempre de un éxito práctico, al que no se le atribuía gran importancia literaria. Los humanistas continuaban teniendo poca consideración por la cultura de todos los pueblos de Europa, como no fuese el italiano; y, por otra parte, los más íntimos contactos entre Italia y España, que promovían las relaciones diplomáticas y comerciales, parecían afirmar a los italianos en sus convicciones de superioridad. Lo demuestran las relaciones de los diplomáticos que visitaron la corte de Fernando el Católico en los últimos años de su reinado. Vin-

cenzo Querini, embajador de la República Vénetica, escribía en 1506 que los españoles “tienen naturalmente ingenio, pero no lo usan ni en doctrina ni en estudio alguno”; y Francesco Guicciardini, en su memorable *Relazione di Spagna*, escrita en 1513, afirma que los españoles “son tenidos por hombres sutiles y astutos y, sin embargo, no valen para ningún arte mecánico o liberal”; que “no están inclinados a las letras, y no se encuentra en la nobleza ni en los otros noticia alguna, o muy pequeña, y en pocos, de lengua latina”<sup>4</sup>.

Esta posición de los italianos se veía justificada por los hechos; pero implicaba también un peligroso sentimiento de superioridad, que, a mi modo de ver, fue una actitud intrínsecamente estéril, que contribuyó a cerrar el espíritu de los italianos al libre comercio intelectual con los demás pueblos. Ningún hombre y ningún pueblo, por más que haya llegado a la madurez y por superior que se demuestre en la actualidad de sus expresiones de civilización en relación con los otros, puede cerrarse en una orgullosa conciencia de superioridad. La vida es continua creación y continua renovación; y la vida de todo hombre y de todo pueblo tiene algún aspecto fecundo que puede significar para quienquiera que sea una enseñanza. Los pueblos viejos y ricos de experiencia, y, si se quiere, también de progreso exterior, hacen mal cuando consideran *a priori* que no tienen nada que aprender de los otros pueblos, menos desarrollados que ellos.

Es indudable que la literatura española alcanza el vértice de su desarrollo en la primera mitad del siglo XVII, es decir, precisamente cuando es ya evidente el empobrecimiento de la italiana. Y, sin embargo, también en la literatura española existían en acto ciertas fuerzas involutivas que obraban sobre la italiana. ¿Por qué razón, entonces, no impidieron los efectos de estas fuerzas la obra de Cervantes, de Lope y de Calderón?

A mi modo de ver, la razón de este hecho consiste en la mayor adherencia a la vida de la producción literaria española, menos lastrada por precedentes literarios.

---

<sup>4</sup> *Scritti autobiografici e rari*, Bari, 1936, págs. 130-131.

La lección italiana sirvió a los españoles para afinar sus medios expresivos; pero los españoles — o los mayores de entre ellos — no se dejaron esterilizar por la erudición y por la preceptística. En Italia, así como la presunción nacionalista impidió ver el germen útil y fecundo en la realidad ajena, la presunción clasicista, que, en realidad, se identificaba con aquélla, impidió ver la belleza de las cosas simples y “sanza lettere”.

El ejemplo más ilustre de la fecundidad que pudo tener y no tuvo el popularismo español, en relación con los italianos, nos lo proporciona el teatro.

El contacto con Italia fue decisivo en la fase inicial del teatro español. En Juan del Encina, en Torres Naharro, en Lope de Rueda, la eficacia de la experiencia italiana aparece clara y va más allá de los textos literarios, que son sólo un documento parcial de la actividad teatral de aquellos autores. Sin el impulso inicial del ejemplo italiano, el teatro español, como tampoco, por otra parte, el de otros pueblos de Europa, no habría asumido las formas y el desarrollo que tuvo. No obstante, en Italia el teatro no alcanzó la importancia — social ni literaria — del teatro español. No es éste lugar adecuado para ilustrar en sus particularidades este hecho; pero es evidente que la presunción clasicista de los italianos les impidió aceptar la lección de falta de prejuicios, de despreocupado popularismo de Lope de Vega, que fue una garantía de vitalidad para el teatro español. Es significativo, por otra parte, que el amor que los franceses y los ingleses, junto con otros pueblos de Europa, demostraron por el *Quijote*, que fue para ellos una importante experiencia literaria, contraste con cierta indiferencia de los italianos del siglo XVII, que, en parte, se explica pensando en la frialdad clasicista hacia el género narrativo de invención y en la presunción de superioridad superviviente en ellos.

El prejuicio clasicista estaba muy difundido en Italia entre los literatos, los cuales se preocuparon de que los naturales movimientos de intereses de los italianos fueran subordinados a las jerarquías retóricas y, de este modo, los volvieron estériles. Así, el éxito de los libros de caballería en Italia no con-

siguió transformarse en consideración literaria. Tal vez tenían razón quienes los criticaban, pero tenían todavía más razón los que en la juventud se exaltaron y nutrieron con ellos; que después los repudiaron, pero que, en el fervor de su obra, demostraron haber sabido captar en ellos — o acaso sería mejor decir “poner en ellos” — la fuerza moral necesaria para hacer grandes cosas: por ejemplo, San Ignacio, Santa Teresa, Cervantes. La escasa fortuna del *Quijote* en la Italia del siglo XVII se relaciona también con este hecho. También los romances estaban al alcance de la mano de los italianos del Renacimiento, como de los españoles; pero, mientras que éstos supieron asimilar su poesía y reflejarla en el teatro, aquéllos, según parece, no vieron en ellos más que ingenuidad y falta de elegancia.

### III.

Esta impermeabilidad italiana, que ya se delineaba en la época de Fernando el Católico, se manifestó también en el período más favorable de los contactos entre los dos pueblos, el de Carlos V.

La historiografía literaria, tradicionalmente supeditada al específico hecho literario, se interesa poco, de ordinario, por las situaciones generales políticas, demográficas, sociales, económicas. Pero la literatura no es más que eflorescencia de estas situaciones, por lo menos históricamente, aunque los valores por ella expresados puedan superar la circunstancia que los ha producido. Por ejemplo, no se ha puesto suficientemente de relieve la importancia que tuvo el extraordinario carácter de la corte de Carlos V, en lo que se refiere al desenvolvimiento de la literatura española, y la importancia que asumió en la misma el ejemplo italiano. La corte castellana del Medio Evo había sido una corte viajera, como, por otra parte, lo había sido la corte imperial. Carlos V, en su incesante trasladarse de un sitio a otro de su inmenso y heterogéneo imperio, continuaba aquella doble tradición; pero la elevaba a un plano decididamente internacional. Su corte estaba formada por flamen-



cos, borgoñones, españoles, italianos, alemanes : era, *in nuce*, Europa.

Una historiografía de tradición nacionalista tiende a ver en Carlos V el vehículo de un predominio nacional propio o ajeno. Para determinada historiografía española, Carlos V fue un soberano español que creó un imperio español. Para los italianos del siglos XIX, fue él quien impuso a Italia un predominio extranjero. En el fondo, aquellos italianos no erraban, puesto que el resultado italiano de los esfuerzos de cuarenta años de Carlos V fue que el ducado de Milán se convirtiera en dominio español, y que como tales fueran confirmados los territorios que el Emperador heredó de Fernando el Católico. Por otra parte, tenían también razón cuando deploraban la concepción cesarista, que se expresó en España en la represión de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia y, en Italia, en la lucha contra Florencia y contra Siena. Pero se equivocaban al no comprender que Carlos V había aspirado a realizar no el predominio de una nación, sino la unidad de Europa, es decir, el viejo ideal del imperio medieval, en el que venía a atenuarse, por el origen mismo y por la vasta experiencia europea del Emperador, el carácter de predominio de un pueblo sobre los otros. Carlos hablaba sobre todo flamenco y francés, y era flamenco de nacimiento; pero su consciencia era europea, no nacional, y, por ello, su figura se presenta ante nosotros, que sentimos la necesidad de superar, aun sin negarla, la idea de nación, con la nobleza patética del que quiere realizar un gran ideal. Por otra parte, la gran unidad mediterránea era, en la época de Carlos V, una necesidad histórica, sin la cual quizá Italia o una parte de Italia no se habría salvado de la dominación turca, como no se salvó Hungría<sup>5</sup>. Es decir : a nosotros nos parece claro lo que no lo era en el siglo pasado : que no toda la historia se puede juzgar en función del concepto de nación.

Análogamente, debe ser superada la concepción de una historia literaria nacional rígidamente autónoma. Sobre todo

---

<sup>5</sup> Cf. B. CROCE, *Storia del regno di Napoli*, Bari, 1931, pág. 99.

en ciertas épocas, que son con frecuencia las más activas, las relaciones internacionales son determinantes. La época de Carlos V se encuentra, en lo que se refiere a la literatura española, en estas condiciones. Llegaban a la corte imperial los embajadores de las potencias europeas; y, en ella, los literatos españoles de la corte tuvieron contactos personales con los italianos. Junto a Carlos V estuvieron, durante períodos más o menos largos, los dos Valdés, Guevara, Boscán, Hurtado de Mendoza, Castillejo. Es decir, todos o casi todos los escritores españoles más importantes de la época. Por otra parte, estos escritores fueron considerados los más importantes precisamente a causa del prestigio que les venía del hecho de vivir en el centro de la sociedad europea de su tiempo: en la corte del Emperador. Todos ellos tuvieron contactos íntimos con Italia, incluso Castillejo, a quien esquemáticamente se le considera el adversario del italianismo, mientras que, en la realidad, fue simplemente un hombre que, siendo un poco más viejo que los italianistas, vio con despego su experiencia. Es decir, vio cuanto de *snob* y de excesivo había en la misma. Y lo vio con toda probabilidad leyendo precisamente el texto que también para nosotros es capital para comprender el movimiento de Boscán y Garcilaso: la carta de Boscán a la duquesa de Soma, que sirvió de prólogo al segundo libro de las obras de Boscán y que puede ser considerado un auténtico 'manifiesto' literario.

Esta carta se cita en general a causa de la narración del famoso encuentro entre Navagero y Boscán, ocurrido en Granada; pero es evidente que a dicho encuentro no debe dársele otro valor que el de una anécdota, por otra parte sugestiva, porque representa de manera plástica un hecho histórico que lo trasciende con mucho y se habría realizado sin su concurso. En realidad, la carta es importante, más bien, para comprender el estado de ánimo de Boscán y de sus amigos. Es un escrito que nos muestra a un Boscán *snob*, casi un *dandy*, que manifiesta cierto desdén por la tradición literaria española: de acuerdo también en esto con Garcilaso, que en la carta escrita a Boscán a propósito de la traducción del *Cortigiano*, había

afirmado, aludiendo acaso a los 'libros de caballerías': "yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestra, que apenas que nadie ha escrito en nuestra lengua sino lo que se pudiera muy bien escusar".

Análogamente, Boscán afirma que el octosílabo español "no trae en sí cosa por donde haya de alcanzar más honra que la que alcanza, que es ser admitido por el vulgo"; que, en cambio, el endecasílabo es una forma más noble; tiene "una disposición muy capaz para recibir cualquier materia" y se remonta nada menos que a los griegos. Es evidente que Boscán, como Garcilaso, es un refinado que quiere deslumbrar a sus conciudadanos con una actitud de esnobismo activo, análogo al que ejercían los italianos.

El esnobismo es una de las mayores fuerzas de la historia. Como es natural, los hombres se dejan ganar por las manifestaciones que, en determinado aspecto, les parecen ejemplares, y las imitan; y, a la vez, tienden a imitar, más allá de todo examen crítico, otras manifestaciones de la misma procedencia, o exageran en la imitación, negando injustamente experiencias precedentes. Esto sucedía también a los hombres cultos españoles en relación con Italia. Decía Boscán que Italia era "tierra muy floreciente de ingenios, de letras, de juicios y de grandes escritores"; y semejante comprobación, común a muchos contemporáneos (el mismo Jiménez de Quesada, en el acto de polemizar con el italiano Jovio, declaraba a Italia "provincia principalísima entre todas las d'Europa" <sup>6</sup>), lo inducía a contraponerse a la tradición literaria española, hasta rebajarla injustamente.

Fue, por lo tanto, saludable que encontrara resistencias, cuyo espíritu pone de relieve el mismo Boscán: algunos observan, dice, que el modo italiano "principalmente había de ser para mujeres, y que ellas no curaban de cosas de sustancia, sino del son de las palabras y de la dulzura del consonante". La observación — que, naturalmente, Boscán considera ilegítima — documenta por parte de los españoles una vaga impresión de afeminamiento y de formalismo en la poesía ita-

<sup>6</sup> Cf. G. JIMÉNEZ DE QUESADA, *El Antijovio*, Bogotá, 1952, pág. 23.

liana, que se explica con el predominio, en ésta, del ejemplo del Petrarca, predominio clarísimo en la consciencia de Boscán, el cual, hablando del endecasílabo, afirma que "Petrarca fue el primero que en aquella provincia le acabó de poner en su punto : y en esto se ha quedado y quedará, creo, para siempre. Dante fue más atrás, el cual usó muy bien dél, pero diferentemente de Petrarca". En efecto, Boscán y Garcilaso significan, no tanto el predominio del italianismo en la literatura española, cuanto el predominio de una forma de italianismo, a costa de otra. Tal vez no haya sido adecuadamente observado que la llamada escuela italiana significa en realidad decadencia del dantismo, que había tenido una larga historia, que va de la *Revelación de un ermitaño*, de 1382, hasta los comienzos del reinado de Carlos V. Y, por más auténtica que fuese la voz de Garcilaso, el triunfo de su escuela significó un alejarse de la poesía de todo compromiso de crítica social y religiosa, compromiso que, en cambio, era más o menos inmanente en la escuela de derivación dantesca : por ejemplo, todavía en los *Doce triunfos* de Juan de Padilla, *el Cartujano*. El italianismo de Boscán y de Garcilaso tuvo una tan vasta y larga continuación en España, incluso después del completo desarrollo del movimiento contrarreformista, porque, aunque significaba una continuación del Renacimiento laico y substancialmente ajeno a los intereses religiosos, era, a pesar de todo, y precisamente a causa de su carácter evasivo, conciliable con la Contrarreforma.

Nuestras ideas sobre la Contrarreforma y sobre su relación con el Renacimiento no son ya las de hace un tiempo. Conforme con la general tendencia a atenuar el alcance de las periodizaciones históricas, a encontrar una continuidad allí donde el esquema polémico encuentra una contraposición, vemos ahora que la Contrarreforma amó, a su modo, a las artes y a las letras no menos que el Renacimiento; que la Contrarreforma defendió aspectos de la vida renacentista, criticados por Lutero partiendo de una concepción y de una sensibilidad todavía medievales. La Contrarreforma fue también una defensa del modo de vivir de los italianos, como el movimiento protestante fue también una acusación contra semejante modo de vivir.

La misma crónica de las relaciones entre la literatura italiana y la española en este período nos da una sugestiva confirmación de este aspecto de la época de Carlos V. Es sabido que cuando, en 1527, las tropas imperiales obligaron a Clemente VII a refugiarse en Castel Sant'Angelo y sometieron a Roma al famoso saco, en la corte de Carlos V uno de los secretarios del Emperador, Alfonso de Valdés, escribió el *Diálogo de Lactancio y el arcediano* para sostener que tal saqueo constituía un justo castigo querido por Dios a causa de la corrupción de la corte romana. Alfonso aprobaba incluso la destrucción de obras de arte; con la Roma de Clemente VII, parecía condenar el arte y la serena despreocupación del Renacimiento. Contra esta actitud se rebeló Baldassarre Castiglione, que en aquellos años era nuncio pontificio ante Carlos V. Castiglione reaccionó, sin duda, por deber profesional; pero en la vivacidad de su reacción, que significa una contraposición total a los puntos de vista de Alfonso de Valdés (una contraposición que concierne a todos los aspectos, "político, religioso, literario, nacional", como notó justamente Giuseppe Prezzolini<sup>7</sup>), vemos no sólo al nuncio, sino al hombre con todas sus fuerzas. Era el hombre del Renacimiento lo que se rebelaba en Badassarre Castiglione contra las tesis ya no erasmistas (Erasmo deploró el saco de Roma) sino tendenciosamente protestantes de Alfonso de Valdés. Indignado, Castiglione llegó a amenazar a Alfonso con hacerlo perseguir como hereje: he aquí cómo nace una actitud contrarreformista de la defensa de la vida italiana del Renacimiento. España fue contrarreformista entre otras cosas porque era admiradora de la Italia del Renacimiento y tal admiración la predisponía a ir al lado de Italia en la lucha contra el protestantismo, en el que afloraba una vena de desprecio nórdico hacia la corrupción de los pueblos latinos.

Pero, una vez notado este aspecto, debemos también poner de relieve otros y más profundos, mediante los cuales aparece claro que la Contrarreforma, salvando las formas,

<sup>7</sup> Cf. B. CASTIGLIONE e G. DELLA CASA, *Opere* a cura di G. PREZZOLINI, Milán, 1937, pág. 846.

negó los caracteres más profundos del Renacimiento. En la Italia del Renacimiento había una casi absoluta libertad de pensamiento. El hombre se volvía a la naturaleza para comprenderla y para representarla, prescindiendo de los problemas teológicos. Estaba abierto, como nunca lo había estado en los siglos de la Edad Media, a la nueva ciencia; el descubrimiento de nuevos mundos parecía la expresión exterior de esta ampliación de sus horizontes más allá de las estrecheces dogmáticas. El clero estaba sujeto a críticas acerbas, con frecuencia, como reconocen historiadores católicos como el Padre Tacchi Venturi, justificadas; críticas en las que se notaba más la lamentación por la incoherencia y la hipocresía de que eran testimonio las malas costumbres eclesiásticas que celo religioso.

Este clima cambia completamente con el concilio de Trento. La autoridad eclesiástica y la iniciativa de los católicos intentan disciplinar al clero y reavivar la fe; pero, por otra parte, se prohíbe criticar a la Iglesia y se impone con la amenaza la ortodoxia religiosa. La fecunda Reforma católica se confunde de este modo con la estéril Contrarreforma. La religión se impone; pero, puesto que no se puede imponer un modo íntimo de creer y de vivir, sino sólo una sumisión exterior, tiende a convertirse en formalista. Toda profundización personal resulta peligrosa; toda problemática es sospechosa. Y, como afrontar cualquier problema serio es tan arriesgado, la literatura tiende a convertirse en una diversión, en una evasión refinada. Los deleites sensuales fueron una forma de corrupción que la Contrarreforma no sintió la urgente necesidad de reprimir, porque no significaban un peligro para el poder constituido.

#### IV.

La institución del *Indice de libros prohibidos* no influyó cuantitativamente en las relaciones literarias entre Italia y España. Por el contrario, fue precisamente en los años de Felipe II cuando las dos naciones, unidas en parte bajo el

mismo rey y en cambio separadas de otros pueblos precisamente por las medidas de la Contrarreforma, estuvieron en más estrecho contacto literario <sup>8</sup>. Pero es fácil comprender qué consecuencias tuvo cualitativamente: basta examinar atentamente la producción bibliográfica de la época. Obras y géneros literarios completos desaparecen bruscamente de la circulación. Y, por cierto, no de los más fútiles. Será suficiente citar aquí el caso de un gran español, Juan de Valdés, el único, acaso, que ejerció una profunda atracción sobre no pocos y no irrelevantes italianos de su época.

No sabemos si Juan de Valdés era gemelo o más joven que Alfonso; pero lo cierto es que, cuando llegó a Italia, en 1531, sólo dos años más tarde que su hermano, ya asumió una actitud más circunspecta que la de Alfonso. Ya había tenido algunos contactos peligrosos con la Inquisición; por otra parte, la política de Carlos V con relación al papa era en 1531 muy diferente de la de 1527. No obstante, Juan, como su hermano, estaba permeado del espíritu de Erasmo, el cual criticaba en no pocos humanistas italianos el ciceronianismo, es decir, una forma de clasicismo en la que el instrumento lingüístico acababa por convertirse en un fin en sí mismo. Valdés venía de este modo a Italia dispuesto indudablemente a aprender, pero con una actitud distinta a la del humilde discípulo español de los humanistas italianos del Cuatrocientos, que encontraba todo maravilloso en la cultura de sus maestros. En Italia encontró a Juan Ginés de Sepúlveda, el futuro historiador de Carlos V; fueron amigos, pero, en realidad, eran muy diferentes. Sepúlveda se había italianizado profundamente y tenía actitudes antierasmistas, que prelu-diaban la Contrarreforma. Juan de Valdés, como Erasmo, no era hombre que se contrapusiera violentamente a la ortodoxia católica; pero nada en él anticipa la Contrarreforma. Buscaba

---

<sup>8</sup> En la segunda mitad del siglo XVI se publicaron en Venecia, entonces máximo centro editorial de Italia, 724 traducciones del español y 71 ediciones en español, contra 93 y 16, respectivamente, en la primera mitad, como resulta de una tesis de E. A. GUZZONI, discutida conmigo en la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de Venecia.

la interioridad de la vida moral, en la que los dogmas quedaban a un lado, se hacían inoperantes, aunque no se les negase. Lo animaba un ardor interior y fascinó a muchos discípulos, importantes por diversas razones: a Victoria Colonna, a Julia Gonzaga; y, entre los reformadores italianos, a Pedro Mártir Vermigli, Bernardino Ochino, Pedro Carnesecchi. Algunos de sus admiradores se hicieron protestantes. Por ejemplo, Bernardino Ochino, asustado por la inicial reacción contrarreformista, huyó en 1542 de Italia a países protestantes y allí se salió definitivamente de la ortodoxia católica. Pero, incluso en los discípulos protestantes directos e indirectos, sobrevivió el espíritu de Juan de Valdés, que se confundía en ellos con el espíritu de apertura y de diálogo del Renacimiento. Los reformadores italianos que se habían refugiado entre los protestantes eran sospechosos también entre éstos, por la falta de circunspección con que discutían las nuevas ortodoxias impuestas por los jefes de la Reforma. La protesta de los socinianos por la muerte de Miguel Servet, ordenada por Calvino, anticipaba ya los principios de la tolerancia moderna, es decir, constituía uno de los conductos a través de los cuales el Renacimiento, reprimido en Italia, encontraba el modo de continuarse y desarrollarse fuera de ella. Así, el centro de la civilización europea volvía a la Europa transalpina.

Todo esto puede parecer extraño a la literatura; pero lo es sólo a una literatura de formas o a una literatura de sentimientos elementales. La literatura española del Siglo de Oro nos demuestra hasta qué punto es posible hacer una gran literatura, aun sin libertad ideológica; pero no puede olvidarse el hecho de que, más allá de una literatura de sentimientos inmediatamente humanos, o sutilmente refugiada en el equívoco o en la amargura o en el hedonismo de la forma refinada, hay una literatura más alta, que afronta libremente los problemas, no estando obligada por la fuerza física a aceptar soluciones ya dispuestas. Esta literatura escasea en la Italia y falta en la España contrarreformistas, y este hecho es una de las razones, acaso la más importante, del agotamiento progresivo de las literaturas italiana y española en el siglo xvii.



En el campo específico de las relaciones entre las dos literaturas, hay que decir que la sospecha en que cayó la figura de Juan de Valdés impidió la publicación de una obra que habría podido, en un clima más abierto, encaminar a los italianos a una mejor comprensión de los valores de la tradición literaria española, es decir, de algunas posibilidades de expresión literaria a las que Italia permaneció cerrada durante siglos, hasta la polémica anticlasicista del Romanticismo. El *Diálogo de la lengua*, escrito por Juan de Valdés hacia 1536, revela una perspectiva de los valores de la literatura española antigua muy diferente de la predominante en el siglo XVI, y más afín que ésta a la romántica, o sea, substancialmente, a la nuestra. Benedetto Varchi, en su *Ercolano*, escrito en los últimos años del reinado de Carlos V, dice que las obras más importantes de la literatura española eran consideradas, en verso, las *Trescientas*, de Juan de Mena, y, en prosa, el *Amadís*. Es fácil entrever qué concepto extrínseco de los valores literarios denuncia tal afirmación. Juan de Valdés, por el contrario, expresa sus reservas a propósito de los *Libros de caballería*, y, por otra parte, deplora la afectación latinizante, de la que ciertamente no estaba inmune Juan de Mena. En cambio, pone de relieve la *Celestina*, la cual, una vez corregidos algunos defectos de estilo, le parece tal que “ningún libro hay escrito en castellano donde la lengua sté más natural, más propia ni más elegante”. Cree que las *Coplas* de Jorge Manrique, “que comiençan *Recuerde el alma dormida* son muy dinas de ser leídas y estimadas, assí por la sentencia como por el estilo”; y todavía más insiste en las expresiones populares: “tengo por buenos muchos de los romances que stán en el *Cancionero general*; porque en ellos me contenta aquel su hilo de decir que va continuado y llano”, y gran parte del diálogo lo dedica a los *proverbios*, porque “para considerar la propiedad de la lengua castellana, lo mejor que los refranes tienen es ser nacidos en el vulgo”.

Nótese que estas páginas fueron escritas en el mismo Nápoles en el que algunos años antes escribía Garcilaso los primeros textos de la nueva escuela italianista y aristocrática,

y afirmaba que los españoles, no se sabe por qué destino, habían escrito casi solamente "lo que se pudiera muy bien escusar". El silencio de Valdés en lo que se refiere a Garcilaso, a quien verosímilmente conoció, puesto que vivió algunos años en Nápoles cuando estaba allí Garcilaso, en una posición bastante análoga, puede ser casual o intencional; pero lo que sí es indudable es que el libro de Valdés nos presenta una visión de la literatura española muy distinta de la de Garcilaso. Espíritu instintivamente aristocrático, Juan de Valdés aspiraba, sin embargo, a una literatura que tuviese su raíz en el pueblo, y en el pueblo español. El diálogo de Juan de Valdés es civil y benévolo, pero al mismo tiempo sencillo, y llega a ser mordaz, incluso en relación con los italianos. Conversa con éstos de hombre a hombre; y no está dispuesto a echar por la borda la tradición nacional para adecuarse al refinamiento italiano. Su actitud a este respecto no se debe a nacionalismo. Efectivamente, Juan de Valdés, así como en el estilo representa aquel "ideal de transparencia" "que convenía al espíritu libre, irónico y, sin embargo, ferviente" de que habla, no sin secreta emoción, Marcel Bataillon, en los sentimientos representa el universalismo de la época de Carlos V. En el *Diálogo de la lengua* responde a quien adelanta la sospecha de que el autor defiende la lengua española por espíritu nacionalista: "Que sea de mi tierra o no, esto importa poco, pues, cuanto a mí, aquel es de mi tierra cuyas virtudes y suficiencia me contentan, si bien sea nacido y criado en Polonia".

En estas palabras, como en las precedentes, de Juan de Valdés, vemos el escorzo de un mundo que es, en último análisis, el mundo del Renacimiento en su expresión más alta: un mundo consciente de la dignidad del hombre y de su libertad interior, que expresa una religiosidad afirmadora de la vida que yo no podría ver manifiesta en ninguna parte mejor que en aquellas palabras de Leonardo, que tienen el valor de una oración: "Tu, o Iddio, ci vendi tutti li beni per frutto di fatica". Cuando se conoció el *Diálogo de la lengua*, en 1737, Italia y España salían a duras penas del

mundo de la Contrarreforma. Pero la herencia del Renacimiento había sido recogida y desarrollada por otros; y ahora se nos presente como un valor permanente: es el espíritu de la comprensión y del diálogo, la superación de los nacionalismos y de los dogmatismos intolerantes, que son todos igualmente negativos, aunque parezcan de signo contrario. Substituyendo la discusión con la imposición violenta, sólo se puede hacer triunfar una secta; pero se traiciona todo lo que puede merecer el nombre de civilización.

FRANCO MEREGALLI.

Venecia.